

NICOLE LORAUX, *La ciudad dividida: El olvido en la memoria de Atenas*, traducción de Sara Vasallo, Katz, Madrid, 2008. 281 páginas.

NICOLE LORAUX, *La guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía*, traducción de Ana Iriarte, Akal, Madrid, 2008. 224 páginas.

Nicole Loraux (1943-2003), una de las autoras que más ha contribuido a cambiar la forma de estudiar la antigua Grecia en los últimos años, se embarca en *La ciudad dividida* y en *La guerra civil en Atenas* en la difícil tarea de ahondar en el fenómeno de la *stásis* y sus consecuencias. Ambas obras compilan artículos, conferencias o coloquios revisados para la ocasión, lo que podría haber provocado problemas de continuidad en el discurso. Y aunque existen ciertos saltos temáticos bastante bruscos, ambas obras gozan de la necesaria cohesión.

Entendiendo las dos obras como una sola<sup>1</sup> podemos decir que Loraux empieza por el final al analizar antes las consecuencias de la *stásis* que la propia *stásis*. Así en *La ciudad dividida* repasa lo que supone para una polis democrática el fin de una guerra civil. Descubre que, a diferencia de los modernos, el olvido era la forma habitual de cerrar estos abominables episodios, aportando numerosos ejemplos, pero centrándose en los acontecimientos posteriores al 403 a. C., y marcando una diferencia sustancial con el uso que se da a otro tipo de contiendas bélicas. Estos acontecimientos son borrados de la memoria de la ciudad para siempre y por ley, es decir, no es sólo un juramento (no recor-

dar), sino también una prescripción (prohibido recordar)<sup>2</sup>.

Pero ¿qué lleva a los griegos a optar por el olvido? Es difícil de entender desde un punto de vista moderno, donde creemos que hay que recordar el pasado para no repetir sus errores, pero Loraux insiste en todo momento en la necesidad de ser muy cuidadoso a la hora de intentar entender a los griegos y lo que éstos pensaban de sí mismos, ya que tenemos muy poco en común con ellos. Así empieza a investigar qué supone la *stásis* para la sociedad griega y de dónde viene la imperante necesidad de olvidar el pasado para poder mantener la paz social y la unión de la ciudad. Al hilo de la conocida importancia que los demócratas griegos concedían a la igualdad entre los ciudadanos se presenta una igualdad fraterna simétrica que sería la mejor forma de mantener unida la ciudad. En una ciudad de hermanos no habría superiores ni inferiores y se podría mantener la paz social. En este punto aparece la conocida fobia a la palabra *demokratía* que tienen los propios demócratas y que tendría su raíz en uno de los significados de la palabra *krátos* (superioridad), que implicaría que hubo una división en la ciudad y que ganó una de las partes, en este

<sup>1</sup> Así Loraux concibió *La guerra civil en Atenas* como un segundo volumen de *La ciudad dividida*, tal y como menciona el prólogo de *La guerra civil en Atenas*, p. 21.

<sup>2</sup> En algunos casos esto podía llegar incluso al extremo de eliminar un día del calendario, como sucedió con el 2 de Boedromión, lo que nos hace pensar que esta solución estaba profundamente amparada por la tradición cultural de la antigua Grecia.

caso, el *demos*. Es decir, en la antigua Grecia la superioridad era un mal, por lo que la *stásis* sería una guerra fratricida donde no sólo se da muerte al igual, sino que se genera una relación de desigualdad.

El mal vendría aparejado, pues, a la victoria, ya que ésta colocaría a esos contendientes por encima de sus hermanos, rompiendo con el equilibrio necesario para la vida política democrática. Por tanto, los ciudadanos victoriosos deberán restaurar el equilibrio obligando a olvidar y sin una depuración de responsabilidades ya que un proceso jurídico es equivalente a una lucha, y no haría más que continuar con la *stásis*. De este modo se impondría la necesidad del olvido para evitar el fin de la ciudad y poder traer de nuevo lo político a la misma, ya que la política empezaría donde termina la venganza, pues el no-olvido además provocaría odio entre los antiguos contendientes y no sellaría el conflicto.

En suma, para poder establecer una democracia era necesario este olvido fundador que igualara a todos los ciudadanos y les permitiera actuar como políticos, es decir, como buenos ciudadanos. Y por esta senda nos encontramos con uno de los puntos más interesantes de la obra: la equiparación de la memoria y lo femenino, algo coherente con la exclusión de la mujer de la vida política, ya que si ésta es incapaz de olvidar las desgracias es incapaz de actuar como un “buen político” e incapaz de ser una igual. Esta tesis, sin embargo, está poco desarrollada, algo que resulta cuanto menos curioso, dado que Loraux estuvo durante años ocupada

investigando la diferencia de sexos en la Grecia clásica y el papel de las mujeres en la sociedad de esa época<sup>3</sup>.

*La ciudad dividida* finaliza haciendo hincapié en que el olvido y el duelo no tienen nada que ver y preguntándose si algún día los contemporáneos podremos mirar al futuro asumiendo los errores y las desgracias que no deseamos que sean nuestras. Algo que sin duda invita a reflexionar sobre las actitudes frente a sucesos análogos en la actualidad.

*La guerra civil en Atenas*, publicado póstumamente, es un libro al que el prólogo de la edición española no hace justicia. El lector se sumerge en sus páginas tras leer el título y la contraportada, ansioso por descubrir el turbulento mundo clásico de la guerra civil y, sin embargo, se encuentra con que, a priori, nada tiene que ver con el tema al que el título hace referencia. Que dicho prólogo verse sobre la ley de memoria histórica española sin introducir en absoluto qué vamos a encontrar en las páginas siguientes es, sin duda alguna, cuanto menos desconcertante. Dichas cuestiones podrían tener cabida dada la preocupación de Loraux por la extrapolación de las formas de pensar clásicas a la actualidad, pero para ello habría sido necesaria alguna explicación al respecto, además de presentar al lector e introducir los posibles interrogantes sobre su publicación póstuma, amén de otras consideraciones, todo lo cual brilla por su ausencia.

Quien se adentre en el segundo libro, *La guerra civil en Atenas*, debe hacerlo desde una perspectiva parcialmente distin-

<sup>3</sup> Véase *Las experiencias de Tiresias (lo masculino y lo femenino en el mundo griego)*, Acanalado, Barcelona, 2004, o *Madres en duelo*, Abada, Madrid, 2004.

ta a la que encuentra en *La ciudad dividida*, ya que en el primer libro aparecen dos cuestiones que más adelante se detallarán: el concepto de *stásis* o guerra civil, y las posibles formas que entiende la autora correctas para acercarse a ese problemático concepto (dualidad que hubiera sido oportuno explicitar en el prólogo).

La profunda reflexión sobre el papel de la *stásis* en la cultura griega no cabe reducirla a un simple concepto, como algo *estático*. Esta apreciación se antoja fundamental por dos cuestiones: en primer lugar, porque las lenguas son, por así decir, organismos vivos, lo que conlleva una diferente apreciación y utilización del término en función del momento histórico y la persona; y, en segundo lugar, porque *stásis* es una palabra polisémica. A tal efecto, no es idéntica la apreciación de ésta que podríamos recoger de Hesíodo (*circa* 700 a. C.) u Homero (*circa* 700 a. C.) que la de Solón (*circa* 638 a. C.-558 a. C.) incluso la del mismo Tucídides (*circa* 460 a. C.-*circa* 396 a. C.). Es un gran acierto no renunciar a ningún planteamiento que los mismos griegos pudieran haber hecho sobre la *stásis*, so pena de reducir la validez del análisis.

El análisis de la *stásis* tucididea es, además de un elogio a la labor del historiador, una interesante visión antropológica de la Grecia clásica al mostrar cómo, a pesar de verse dos bandos enfrentados en la guerra civil, ambos usan el mismo lenguaje y lo transforman para criticar al otro. La tradición griega entendía como el más vil de los asesinatos la *stásis* (la guerra civil) y la más honorable muerte el *pólemos* (la guerra por la propia ciudad), y, pese a que ambos hechos no arrastran sino muerte y guerra, son cualitativamente

antagónicos. Sin embargo, lo que se denuncia es cómo ambos bandos justificaban sus actos a través del lenguaje, de modo que un acto concreto sería considerado como *pólemos* o *stásis* según conviniere a los intereses de cada bando.

El otro gran pensador que la autora introduce en su análisis de la *stásis* es Solón. Bajo la premisa, ampliamente compartida, de que llevar armas es el criterio principal de ciudadanía, Loraux, como parte de la tradición, atribuye al legislador ateniense la redacción de una ley que castigaba la falta de posicionamiento del ciudadano en un bando en caso de *stásis*. Esta tesis, que la autora considera discutible, serviría para sustentar la idea de que para Solón *stásis* pasaría a ser simplemente una variante de *pólemos*. Es decir que, para Loraux, Solón pretendía que más allá de la evidencia de que ambas palabras hacen referencia a la guerra, la *stásis* habría abandonado la radical diferencia y oposición que la tradición le atribuía con respecto al *pólemos*. El fundamento para reafirmar su planteamiento respecto a Solón se sustenta en una transcripción de Plutarco (*circa* 50-120) de un texto del ateniense en el que habría sustituido la palabra *stásis* por *pólemos*, deduciendo de ahí la autora la existencia de una sinonimia (pese a todo ello, la propia autora criticará a Plutarco al final del capítulo por no haber comprendido la función que el propio Solón se atribuía).

Más allá de las diferentes visiones que Loraux rescata en relación al concepto de *stásis* como guerra civil —en relación a la Comuna de París de 1871 o asociada a la idea de unidad y dualidad que refleja más ampliamente en *La ciudad dividida*— está presente el análisis del otro significado de

la palabra *stásis* como contrario a *kinesis*, es decir, como inmovilidad. La exploración del juego de palabras que Platón (circa 427/428 a. C.–347 a. C.) hace de ambos significados, pese a no tener aparente relevancia política, es de un enorme interés para comprender las implicaciones que la *stásis* tenía en la cultura griega desde otra perspectiva, la filosófica.

Sin embargo, *La guerra civil en Atenas* es algo más que el concienzudo análisis que sugiere el título. La autora introduce sendos capítulos que arrojan su particular visión acerca de cómo ha sido y cuál debe ser el *modus operandi* del investigador histórico de la Grecia clásica. De este modo, dedica el capítulo inicial a explicar cómo se ha reinterpretado en la segunda mitad del siglo veinte la Grecia clásica en Francia y utiliza el capítulo final para denostar como el peor de los vicios del historiador el anacronismo, y para explicar que, pese a todo, la lejanía en el tiempo del período clásico conduce, inevitablemente, a un cierto grado de extrapolación de conceptos modernos para el estudio de la Antigüedad.

El lector que se asoma a *La guerra civil en Atenas* con la exclusiva pretensión de entender mejor este concepto verá, como en

*La ciudad dividida*, ampliamente satisfechas sus expectativas. Sin embargo, la perspectiva de Loraux acerca de cómo encarar el análisis tanto del concepto de *stásis* como de la Antigüedad clásica en general es entender conceptos tan alejados en el tiempo desde el presente; un mínimo pero necesario anacronismo que permita acercar un pasado tan lejano a nuestros días.

*La ciudad dividida* y *La guerra civil en Atenas* son obras de una gran calidad para acercarse a la idea de *stásis* y a sus conexiones con la historia, la política y la antropología del mundo griego. Loraux hace un soberbio análisis pluridisciplinar que se atreve además con la psicología y la lingüística, y que no debe ser tomado como un discurso hilado entre el inicio y el final, sino más bien como un meticuloso estudio de cada concepto y sus repercusiones. La similitud de los temas podría invitar a pensar en la repetición; sin embargo, pese a que ciertas tesis se encuentran presentes en las dos obras, distan mucho de solaparse. Ambos libros son, ante todo, una gran oportunidad de acercarse con rigor a la realidad clásica.

DAVID FREIJE Y DANIEL JIMÉNEZ